

economía mundial: capitalismo y desarrollo en crisis

Mi primera intención fue escribir unas páginas sobre la crisis económica que atraviesa España. Pronto tuve que cambiar de proyecto. Comprendí que dicha crisis no es inteligible si se prescinde del contexto internacional en que España se mueve. Esto no quiere decir que todo lo que está pasando en nuestro país sea mera consecuencia de factores exteriores. La crisis española no es solamente una crisis importada. Pero sí lo es en algún modo. Y sobre todo las posibles vías para salir de ella tienen que estudiarse en este horizonte mundial.

Por eso me he decidido a empezar por un estudio de la crisis que afecta hoy a la economía mundial. El dato más llamativo es la subida espectacular de los precios del petróleo. Pero esto no es sino el síntoma de un problema de mucha más envergadura. Es todo el sistema económico internacional el que está en crisis. Y con él quizá hasta el modelo de sociedad que subyace. No pocos hablan de tránsito desde una época de *prosperidad* a otra de *austeridad*. Por eso el problema no podemos confiarlo a los técnicos, políticos o economistas, para que ellos lo solucionen. Lo que está en cuestión es toda una mentalidad, una forma de concebir la sociedad y el bienestar: y eso todos lo llevamos bien dentro de nosotros. Los técnicos solos serán impotentes para resolverlo. No hay duda de ello.

El orden económico vigente desde el final de la segunda guerra

Como ocurre casi siempre, este problema no ha nacido por generación espontánea. Se ha venido incubando a lo largo de varias décadas. Quizá más de un siglo. Pero voy a limitar el horizonte temporal, por razones de espacio, al final de la segunda guerra mundial. Es en ese momento cuando se sientan las premisas próximas que pueden explicar muchas cosas que están ocurriendo hoy.

En efecto, podríamos remontarnos más arriba y estudiar el origen del capitalismo y la incidencia que sobre él tuvo la revolución industrial en el marco del liberalismo de los siglos XVIII y XIX. La acumulación de capital generada incrementó enormemente la capacidad productiva de un grupo de países que hoy se llaman «desarrollados» y estimuló el avance tecnológico poniendo a punto máquinas capaces de facilitar y hacer rentable el trabajo humano. La sustitución de mano de obra por maquinaria (o, dicho en términos técnicos, la sustitución de trabajo por capital) se convirtió en la palanca del desarrollo económico. Pero sólo para algunos países del globo.

Esta capacidad productiva de los países industrializados tiene una doble limitación. En dichos países no existen ni materias primas suficientes para alimentar esa capacidad productiva creciente, ni destinatarios (demanda) capaces de absorber los productos resultantes. Pueden producir y producir, pero no tienen con qué ni para quién. Por eso el desarrollo económico es causa de una clara internacionalización del escenario económico. Pero en un marco de desigualdades crecientes: desarrollo frente a no-desarrollo (o subdesarrollo). Esta circunstancia no podemos perderla de vista: el paso de economías nacionales *cerradas* a economías *abiertas* genera un alto nivel de dependencia para todos, pero de *dependencia desigual*.

Esta internacionalización, que era ya un hecho consumado en los comienzos del siglo presente, está a punto de desmoronarse después de la primera guerra mundial. La famosa crisis de 1929 es, en gran parte, la consecuencia de las políticas económicas defensivas (de cierre de fronteras) adoptadas por muchos países tras el descalabro bélico.

Eso fue precisamente lo que se quiso evitar a todo trance al término de la segunda guerra. ¿Cómo? Mediante la instauración de unos mecanismos monetarios que facilitaran los intercambios económicos internacionales en vez de bloquearlos. Para ello había que disponer de una moneda de curso internacional capaz, en primer lugar, de gozar de la confianza de los distintos países. Pero además era indispensable que dicha moneda existiera en cantidades suficientes para hacer frente a la necesidad de pagar las mercancías adquiridas fuera de las fronteras nacionales. Es más, a medida que el comercio internacional fuera creciendo en volumen debería producirse un incremento de esa moneda en circulación para evitar estrangulamientos en las cantidades y distorsiones en los precios.

Este delicado problema fue abordado en la Conferencia de Bretton Woods (EE.UU.), celebrada en julio de 1944, cuando ya se adivinaba inminente el fin de la guerra. Aquí fue donde se pusieron las bases para un nuevo *sistema mo-*

netario internacional. En ella nacieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

El sistema monetario nacido refleja bien la situación privilegiada de los EE. UU. en esa coyuntura histórica. En efecto, dos fueron las monedas seleccionadas como medio normal de pago en las transacciones internacionales: el dólar y la libra¹. Todos los países que firmaron los acuerdos se comprometían a aceptar esta moneda para cualquier pago exterior. Como contrapartida los EE. UU. e Inglaterra se obligaban a mantener la *convertibilidad* de sus monedas, es decir, a entregar oro a cambio de ellas siempre que algún gobierno se lo pidiese. Este compromiso de la convertibilidad se justificaba, en el caso de los EE. UU., por el hecho de que en 1944 este país acumulaba el 68% del oro mundial (20.631 millones de dólares), cifra muy superior a la de dólares en circulación fuera de sus fronteras².

Con este sistema los EE.UU. se encontraban en una situación económica internacional radicalmente distinta a la de todos los restantes países. Mientras éstos tenían que cuidar sus relaciones económicas con el exterior para que no se produjesen déficits, ya que tenían que utilizar para los pagos una moneda que sólo podían conseguir a través de los cobros del exterior, los EE.UU. estaban libres de esta limitación: ellos utilizaban para pagar en el exterior la misma moneda que circulaba dentro de sus fronteras, el dólar. Por tanto, los déficits exteriores no eran especialmente preocupantes. Es más, a través de estos déficits aumentaba la cantidad de dólares en circulación internacional, cosa que permitía un correlativo aumento del volumen del comercio mundial. Pero en esta ambigüedad subyace, como veremos después, el germen de todas las crisis que sobrevendrían en el futuro³.

(1) La primera, por razones evidentes, dada la prepotencia americana tras la guerra; la segunda, por razones tradicionales, supuesto el papel desempeñado por Inglaterra en el escenario económico mundial. Sin embargo, la libra pronto dejaría de utilizarse en este sentido. Por eso prescindimos en adelante de ella.

(2) Cf. para todo esto M. NIVEAU, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, 5.^a ed., Ariel 1977, pp. 337-349; R. TAMAMES, *Estructura económica internacional*, 4.^a ed., Alianza 1975, pp. 62-101; con carácter de divulgación, M. ESTEVE, *El sistema monetario internacional*, Salvat 1974, pp. 19-53.

(3) La debilidad del sistema que se estaba gestando en Bretton Woods ya fue puesta de manifiesto por J. M. KEYNES, que actuaba entonces como experto del gobierno británico. Su propuesta alternativa pretendía evitar esa excesiva dependencia en que todo el sistema iba a quedar en relación a EE.UU. y al dólar. Cf. R. TRIFFIN, *El caos monetario*, Fondo Cultura Económica 1961, pp. 92-107.

El funcionamiento del sistema hasta 1973

Sería prolijo relatar los detalles del desarrollo económico mundial en las décadas que siguieron a la segunda guerra. Habrá que limitarse a destacar las tendencias más sobresalientes.

El primer dato a subrayar es, sin duda, el «boom» económico sin precedentes que tiene lugar entre 1948 y 1973. El crecimiento económico global alcanza una media mundial del 5% anual acumulativo. En ese mismo período la población pasa de 2.500 a 4.000 millones⁴.

Entre los países desarrollados va siendo perceptible la pérdida de la hegemonía norteamericana a expensas de la Europa unida del Mercado Común, donde se impone el liderazgo de Alemania Federal, y del Japón. Precisamente los países menos perjudicados en la guerra, EE.UU. e Inglaterra, son los que van a conseguir unas tasas más bajas de crecimiento en las décadas siguientes. Este proceso ha sido sostenido además por una intervención cada vez mayor de los gobiernos, encauzando la actividad económica y tomando parte activa en la consecución de determinados objetivos de política social (educación, sanidad, medio ambiente, etc.). En el fondo todo esto pone de manifiesto la incapacidad creciente de la economía de iniciativa privada y mercado libre para responder a las necesidades de la sociedad evolucionada de Occidente. Pero al mismo tiempo se ha producido una cierta *oligopolización de la vida social*, donde cada grupo social tiende a organizarse y robustecerse para negociar con el gobierno sabiendo que sus principales competidores son los otros grupos sociales. Los gastos derivados del deseo de estos gobiernos de responder a las demandas de todos los grupos sociales (siempre con la amenaza electoral a plazo más o menos corto) han engendrado enormes déficits públicos (que no tienen poco que ver con las tendencias inflacionistas sostenidas) y un aumento considerable de la presión fiscal⁵.

Frente a este grupo de países desarrollados, el bloque socialista de la órbita soviética ha conocido también unas tasas de crecimiento notables en el período estudiado. Esto puede afirmarse sin lugar a dudas, a pesar de la dificultad para obtener cifras concretas y, sobre todo, homologables con las magnitudes occidentales. En todo caso no puede perderse de vista tampoco la cada vez mayor participación de estas economías en el escenario mundial.

(4) Cf. O.C.D.E., *Interfutures. Facing the future. Mastering the probable and managing the unpredictable*, París 1979, pp. 66s. (En adelante se citará *Interfutures*).

(5) *Interfutures*, p. 70; E. FUENTES QUINTANA, *La crisis económica española*, Papeles de Economía Española, n. 1 (1979) 106.

Es difícil ofrecer una visión del Tercer Mundo y de su evolución en el período considerado. Aunque resulta peligroso considerar este conglomerado de países como un bloque homogéneo, algunos hechos sí que pueden generalizarse: el proceso descolonizador, la explosión demográfica y el crecimiento económico son quizás a primera vista los más significativos. El efecto combinado de estos dos últimos pueden constatarse si se comparan las cifras de crecimiento anual del PNB y del PNB por habitante. Refiriéndonos a los países no comunistas, estas cifras son para la década de los 50 de 4,6% y 2,3%; para la década de los 60, de 4,9% (un crecimiento global mayor) y 2,2% (un menor crecimiento por persona, lo que refleja bien la explosión demográfica latente)⁶.

Sin embargo estas cifras son poco significativas. Los datos disponibles sobre renta per cápita para 1976 permiten dividir este conjunto de países tercermundistas en tres grupos: los 34 más atrasados con un total de 1.200 millones de habitantes disponen de una renta per cápita comprendida entre 70 y 250 dólares; les siguen otros 31, también con una población total de 1.200 millones, con renta per cápita entre 250 y 650 dólares; los 27 restantes, con sólo 440 millones de habitantes, alcanzan ya unos niveles de renta per cápita comprendidos entre los 650 y los 2.700 dólares.

Y en cuanto al crecimiento económico global los datos suministrados por el Banco Mundial ofrecen también enormes disparidades para el período 1960-1976. Hay 23 países con un crecimiento per cápita negativo o inferior al 1%; otros 15 (entre ellos, la India) cuyo crecimiento anual se sitúa entre el 1 y el 2%; y 13 (entre ellos, China continental) que superan el 4% de crecimiento anual per cápita. Pero se da la circunstancia de que es en los países de renta per cápita inferior donde este crecimiento es también menor. Lo cual significa que las diferencias tienden a aumentar⁷.

La revista «Time» publicó en 1978 un estudio sobre índices de calidad de vida a escala mundial. Este indicador –más amplio que los anteriores al incluir también la esperanza de vida, el nivel de analfabetismo y la mortalidad– ofrece valores como los que siguen: 95 para Canadá, 94 para EE.UU., 91 para España, 53 para Nicaragua, 51 para Guatemala, 14 para Malí y Mauritania, 13 para Níger, 11 para Guinea Bissau⁸.

(6) Cf. P. BAIROCH, *El Tercer Mundo en la encrucijada*, Alianza 1973, p. 219.

(7) *Interfutures*, pp. 201-202.

(8) Citado por J. PAVON, *Desniveles de vida entre los pueblos*, Corintios XIII, n. 8 (octubre-diciembre 1978) pp. 127-128.

Pero lo que constituye un factor decisivo de discriminación, como más adelante se verá, son las diferencias en cuanto a la disponibilidad de materias primas y recursos naturales. Ello obliga a deslindar ya, dentro del Tercer Mundo, un «Cuarto Mundo»: el conjunto de países subdesarrollados y, a la vez, pobres en dichos recursos. Sus posibilidades de salir del atraso en que se encuentran son prácticamente inexistentes.

Por otra parte, este somero análisis cuantitativo de la situación del Tercer Mundo no puede aislarse de lo dicho sobre los países desarrollados. Cada vez está más claro que el subdesarrollo no es un fenómeno casual, ni una etapa transitoria hacia el desarrollo: muy al contrario, el subdesarrollo de unos países es la condición de posibilidad para el desarrollo de otros⁹. Y ésta es la gran tragedia de nuestro mundo, que induce a contemplar el futuro con un justificado pesimismo.

Esta explotación económica que sufren los países pobres puede de alguna forma captarse a través del deterioro que sufre la llamada «*relación real de intercambio*», o precio de las importaciones de estos países en términos de exportaciones realizadas por los mismos. Dicho de otro modo, se trata de medir los intercambios de bienes entre países, no en términos monetarios, sino en términos reales o de riqueza. Un ejemplo sacado de la historia aclarará esto.

En 1969 afirmaba en Washington el ex-presidente colombiano Lleras; en 1954 el coste de un «jeep» importado en Colombia era de 1.367 dólares, equivalentes a 14 sacos de café de los que este país exportaba; quince años después un «Jeep» costaba 2.264 dólares, pero esta cantidad equivalía ya a 43 sacos de café. Prescindiendo de los precios monetarios, queda patente cómo en 1969 el «jeep» cuesta a Colombia en términos de riqueza producida por este país (café) más de tres veces lo que le costaba en 1954¹⁰.

En términos generales se ha calculado que la relación real de intercambio de los países de la O.C.D.E. mejoró a lo largo de la década de los 60 entre un 20 y un 25%¹¹. Su correlato fue, naturalmente, un empeoramiento o empobrecimiento relativo de los países más atrasados, obligados a mantener con los países industrializados relaciones económicas tan desventajosas.

(9) Esta interpretación viene siendo defendida por un número cada vez mayor de autores. Véase un buen resumen de la controversia en: M. INGROSSO, *Modelos socio-económicos de interpretación de la realidad latinoamericana: de Mariátegui a Gunder Frank*, Anagrama 1973, pp. 10-39.

(10) Citado por E. RUIZ GARCÍA, *Subdesarrollo, dependencia y Tercer Mundo*, Documentación social (julio-septiembre 1972) p. 13.

(11) Cf. E. FUENTES QUINTANA, a. c., p. 97.

Pero este proceso no podía mantenerse indefinidamente. La crisis va a surgir por el efecto combinado de dos elementos: de un lado, la toma de conciencia creciente por parte del Tercer Mundo de la explotación sufrida, así como de su fuerza cada vez mayor; de otro, las mismas deficiencias subyacentes al sistema monetario en vigor. Todo ello ha conducido a la crisis de este modelo de desarrollo económico al que tan alegremente nos habíamos confiado.

El desencadenamiento de la crisis

El difícil equilibrio entre dólares en circulación y su respaldo por parte del oro acumulado por los EE.UU. se había venido deteriorando progresivamente. Las políticas expansivas de Norteamérica y su falta de control sobre los déficits exteriores (piénsese, por ejemplo, en los cuantiosos gastos militares en el exterior: bases americanas, guerras en Extremo Oriente) habían conducido a una pérdida de confianza generalizada en el dólar como moneda internacional.

En efecto, los casi 25.000 millones de dólares en oro acumulados por EE.UU. en 1949 se habían reducido a poco más de 10.000 millones en 1969. Entretanto la cantidad de dólares en circulación fuera de los EE.UU. había pasado de 6.400 millones a 35.700 millones en el mismo período. Ningún poseedor de dólares podía confiar ya en ellos, cuando sabía que los EE.UU. disponían ya de tan poco oro, proporcionalmente hablando, para respaldarlos. En este momento, además, otras monedas (marco y yen, sobre todo) se habían ganado la confianza de muchos gobiernos y particulares. La tendencia a cambiar dólares por marcos y yenes produjo grandes distorsiones en los tipos de cambio por efecto de las fuerzas del mercado. Hasta el punto de que el 15 de agosto de 1971 el presidente Nixon hizo pública su histórica decisión de *suspender la convertibilidad del dólar*.

Tal decisión privó de golpe a todo el sistema monetario de su último soporte. Pero además la unilateralidad con que los EE.UU. actuaron significaba un atentado manifiesto contra todos los acuerdos vigentes. Y con el agravante de que, al no haber una alternativa al dólar, a los restantes países no les quedó más remedio que aceptar resignadamente los hechos consumados.

Las autoridades monetarias norteamericanas, al quedar desvinculado el dólar de su relación con el oro, emprendieron una política decidida de devaluación de su moneda que resquebrajó todas las relaciones económicas internacionales. Dicha política, presentada muchas veces por los EE.UU. como una defensa del sistema monetario internacional, no fue capaz de contrarrestar el temor generalizado a la debilidad del dólar ni los efectos inflacionistas derivados de la abundancia de dólares en circulación.

Y dicha abundancia de dólares era el caldo de cultivo adecuado para que los países exportadores de materias primas desataran su política de subidas de precios como defensa contra la inflación reinante. El exceso de demanda mundial y la mayor coordinación y conciencia de grupo por parte de estos países hicieron posibles estas subidas. No fueron los productos petrolíferos los que iniciaron la carrera alcista. Ya en 1972 asistimos a notables incrementos en los precios de los productos alimenticios y materias primas agrícolas. La escasa atención que a escala internacional mereció la agricultura en la época del crecimiento desenfrenado de los años 60 desembocó en una escasez relativa de productos agrícolas, situación muy apropiada para que sus precios se disparasen.

Pronto le seguirían los precios de las materias primas industriales y por fin en octubre y diciembre de 1973 la explosión de los precios de la energía.

Pero este último punto exige algunas observaciones previas. Porque durante la década de los 60 los precios de los crudos, controlados por las grandes compañías petrolíferas transnacionales, apenas habían sufrido variación. Sólo a partir de las devaluaciones del dólar se inició un proceso de pequeñas subidas para contrarrestar la pérdida de valor de esa moneda, con la que se pagaban todas las facturas petrolíferas. Pero es la coyuntura de octubre de 1973, con la guerra árabe-israelí de Yom Kippur, la que ofrece la oportunidad de tomar la iniciativa. Entre octubre de 1973 y enero de 1974 los precios de los crudos (el «precio de referencia» de la variedad llamada «árabe ligero», que se usa como precio «marcador») suben de 3,01 dólares/barril a 11,65: casi se cuadruplican¹².

No puede afirmarse, con todo, que la crisis profunda en que la economía mundial está hoy sumida haya sido producida sólo por esta política audaz de la O.P.E.P. Pero tampoco pueden minvalorarse las consecuencias del alza de las materias energéticas. Las reflexiones que siguen nos ayudarán a comprender mejor qué enseñanzas podemos extraer de lo que está ocurriendo.

El significado de la crisis

Es un hecho que la economía mundial, y más en concreto la de los países desarrollados, se había venido beneficiando durante décadas del bajo precio de la energía. Por eso el consumo de petróleo había crecido de forma incontenible. Entre 1950 y 1970 España había multiplicado su consumo de petróleo por 19; Francia, por 8,5; Italia, por 15; el Reino Unido, por 6; Alemania Federal, por 29; Japón, por 97. Por su parte los EE.UU., cuyo consumo se multiplicó

(12) Para todo esto cf. F. MARTÍNEZ GALDEANO, *La encrucijada de los precios petroleros*, Revista de Fomento Social 35 (1980) 87-104; 383-397; 415-437.

en dicho período sólo por 2, absorbía casi un tercio de la producción mundial, desbordando ya en 1969 las 3 toneladas por habitante y año¹³.

En estas condiciones el fenómeno de la escasez hizo su aparición. Esta es *la primera lección de la crisis*: la energía petrolífera comienza a ser escasa. Y ello, porque los precios baratos han conducido a un consumo incontrolado. El alza espectacular de precios es una llamada apremiante a rectificar. Se hace difícil que la sociedad occidental, tan acostumbrada al despilfarro energético y a la vez víctima de sus secuelas (contaminación, etc.), aprenda ahora esta lección. Porque ahorrar energía es algo que la gente hoy casi no puede entender, a menos que su encarecimiento le obligue a entenderlo por las malas.

En conexión con esto se impone una búsqueda de formas alternativas de energía. El petróleo abundante y barato no fue precisamente un estímulo para explorar nuevas fuentes. Ahora los peligros de la energía nuclear y el atraso en la puesta a punto de métodos para utilizar la energía solar evidencian, a modo de ejemplo, hasta que punto la situación nueva nos sorprende completamente inermes.

Más grave y difícil de aprender es quizás *la segunda lección de esta crisis*. Porque lo que ésta pone en cuestión es la participación de los distintos países en la renta mundial. Hay una toma de conciencia de que la actual distribución de la renta a escala mundial es injusta. Aquellos países perjudicados y con medios para defenderse (recursos naturales imprescindibles para la economía de los países ricos) han tomado por su cuenta la iniciativa. Según esto, el alza de precios de materias primas significa que los países productores de las mismas están decididos a forzar una participación cuantitativamente mayor para ellos en la renta mundial. Dicho de otro modo, que de lo que paga el consumidor final por cualquier producto una parte mayor sea destinada al Tercer Mundo (o algunos países del mismo) a través de los costes energéticos implícitos en el precio de todo producto.

Esta pretensión resulta más clara si se analiza la evolución posterior de los acontecimientos. Los países industrializados han querido defenderse frente al alza de los productos energéticos elevando a su vez los precios de sus productos. Es decir, anulando el incremento relativo de los precios energéticos. Esta conducta es, por su parte, una consecuencia de la lucha en el interior de cada país entre los distintos grupos sociales para eludir esos efectos de la inflación en términos de pérdida de valor adquisitivo de sus ingresos y tras-

(13) *Ibid.*, p. 89.

ladarlos a otros grupos. Pero esta lucha, en la que nadie quiere perder, sólo podía conducir a nuevas alzas de precios.

Los países de la O.P.E.P. no reaccionaron abiertamente contra estas nuevas tendencias inflacionistas mientras temieron un colapso irrecuperable de toda la economía mundial. Pero una vez que ésta logró medio recuperarse del fuerte impacto de 1973, los precios del petróleo han vuelto a subir espectacularmente. Y ahora no sólo por razones económicas, sino como fruto del descontrol del mercado por parte de la O.P.E.P., de las divergencias internas de ésta, de la revolución iraní y la invasión soviética de Afganistán y de las políticas enfrentadas sobre producción y precios que han asumido los distintos países miembros. El hecho es que en junio de 1979 se fijó un techo de 23,50 dólares/barril y que en septiembre de 1980 los precios habían desbordado ya la cota de los 30 dólares¹⁴.

Más allá de los encontrados intereses políticos en acción, una cosa es clara: los países industrializados han perdido definitivamente la batalla capitaneada por los EE.UU. de controlar la O.P.E.P. atizando desde fuera las divergencias internas a través de esos «caballos de Troya» que fueron durante algún tiempo el Irán del Sha y la Arabia Saudita. Tampoco las multinacionales petrolíferas sirven ya más que para desatar la agresividad de los países árabes ante los beneficios que se embolsan y su afán de presentarse ante la opinión pública mundial como defensoras de los intereses del consumidor.

También desde una perspectiva económica es claro que a los países industrializados no les cabe ya defenderse de la inflación con la inflación. Los precios de las materias primas tienen que elevarse en relación con los precios de los productos finales.

Generando la misma renta, estos países desarrollados tienen que destinar una mayor parte de ella a retribuir a los países suministradores de materias primas y, *por tanto*, es menor la parte que queda para distribuir al interior de aquéllos. En consecuencia, toda la estructura de los precios *relativos* (valor de un bien expresado en términos de otro bien, y no de dinero) es la que tiende a modificarse. Y esto, en principio, es justo, aunque no sea más que porque invierte la tendencia suavemente mantenida durante décadas: una paulatina transformación de esta estructura de precios relativos en beneficio de los países industrializados¹⁵.

(14) *Ibid.*, pp. 417-437.

(15) Cf. lo dicho más arriba sobre la relación real de intercambio.

Lo difícil es asimilar esta inversión de la tendencia tan abruptamente inducida. Porque ello pone en crisis toda la estructura económica internacional. Esta es la *tercera lección de la crisis*. A partir de estos cambios hay que revisar toda la división internacional del trabajo (distribución de las actividades productivas entre los distintos países en función de las ventajas comparativas de producción, de forma que cada país produzca aquello para lo que está más capacitado en términos de menores costes). Por eso la crisis ha actuado con especial virulencia sobre determinados sectores económicos de los países industrializados, aquellos que en la nueva estructura de precios ya no resultan rentables¹⁶.

Una *última lección de la crisis* afecta al sistema monetario internacional. En las actuales circunstancias el disponer de una divisa estable y segura hubiera constituido una ayuda inestimable. Sería prolijo entrar en el tema. En el momento presente la situación está bloqueada. Los gobiernos más poderosos se resisten a aceptar lo que se está imponiendo a todas luces: un sistema que no discrimine a los países más pobres y, por tanto, que no se base en una moneda de carácter nacional (como ocurre ahora con el dólar) y dé facilidades crediticias especiales a los más necesitados¹⁷.

Problemas pendientes

Como se ve la situación de la economía mundial es ahora más incierta que nunca. Parece como un barco a la deriva azotado por corrientes descontroladas. Una de esas corrientes, que actúa como amenaza permanente, está constituida por los llamados «petrodólares», o dólares empleados para pagar las facturas de crudos que han llegado, por tanto, a manos de los países árabes. He aquí las cifras de ingresos petroleros de la O.P.E.P. en millones de dólares para los primeros años de la crisis¹⁸.

Año 1973	22.500
Año 1974	91.900
Año 1975	94.700
Año 1976	116.000

¿Cuál es el destino final de estas ingentes sumas de dólares? ¿Puede decirse que ellas constituyen una palanca para el desarrollo del Tercer Mundo desposeído? Con muchas reservas. Y esta respuesta es válida incluso para

(16) Esto ocurre con la siderurgia, el sector textil, la industria petroquímica, la construcción naval, los abonos, el calzado, etc.

(17) Cf. J. A. BIESCAS, *Panorama económico internacional*, Iglesia Viva (1980) 164-165.

(18) F. MARTÍNEZ GALDEANO, a. c., p. 103.

los países que son destinatarios directos, los de la O.P.E.P. Su enorme retraso económico y cultural unido al peso de las oligarquías dominantes y a la pésima distribución del poder y la riqueza apenas permiten que estos flujos se traduzcan en un mayor bienestar de la sociedad toda.

Por otra parte, se impone un «reciclaje» de esos petrodólares, es decir, su vuelta a los mercados internacionales para no colapsar el comercio mundial por falta de medios de pago. Pero este reciclaje es desordenado y muchas veces improductivo. Un ejemplo de ello son las imposiciones a corto plazo en los grandes bancos occidentales: ello permite manejar con rapidez enormes cantidades de divisas con fines especulativos, lo que añade un factor más de inestabilidad al ya enfermizo dólar (y a las demás monedas fuertes). También por este flanco el sistema monetario internacional está completamente desguarnecido.

¿Y ese conjunto de países que más arriba denominábamos «Cuarto Mundo»? ¿Puede esperarse para ellos algún beneficio de esta crisis que está conmoviendo los cimientos de las estructuras que les mantenían en el subdesarrollo? A corto plazo las grandes deudas exteriores que venían acumulando no pueden sino verse incrementadas. Sin apenas recursos naturales propios ni capacidad para producir con recursos importados, vivirán en una creciente dependencia exterior.

Puede esperarse, con todo, un gesto de solidaridad hacia ellos por parte de la O.P.E.P., si ésta pone a su disposición en condiciones ventajosas una porción de los capitales acumulados en petrodólares. Pero los cauces hasta ahora más utilizados, los del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, tampoco han dado grandes facilidades. Al estar estas instituciones tan controladas por los países más ricos, son ellos los que más tienden a beneficiarse de los fondos depositados en aquéllas por la O.P.E.P. Y la reciente ruptura interna de esta organización también ha tenido consecuencias negativas en este terreno.

No oculto, por tanto, mi pesimismo al concluir que la crisis presente no acaba de traducirse en una mejor distribución de la renta mundial, ni en el interior de los países de la O.P.E.P. ni dentro de las inmensas fronteras del Tercer Mundo. Sólo despunta un rayo de esperanza al pensar que el proceso es irreversible, y que los países industrializados se ven irremisiblemente abocados a una reestructuración de sus economías bajo el supuesto de una nueva división internacional del trabajo. Pero es necesario que la sociedad occidental se vaya convenciendo que todo esto conduce a su empobrecimiento relativo. ¿Estarán

dispuestos los gobiernos occidentales, repaldados en casi todos los países por tan exiguas mayorías electorales, a afrontar de una vez la situación?

Cabe pensar que algunas vías falsas están apuntando. En concreto, la vuelta al liberalismo. Una reducción del intervencionismo económico del Estado está siendo preconizado desde las más distintas coordenadas geográficas. Y el reciente triunfo de Ronald Reagan en las elecciones norteamericanas es un botón de muestra bien significativo¹⁹. Yo no creo que la solución deba buscarse por ahí, sino más bien por una política coordinada de alcance supranacional que ofrezca a los países atrasados una cobertura para despegar. Esto es lo que el Tercer Mundo ha venido exigiendo desde plataformas internacionales como la O.N.U., el G.A.T.T. o la U.N.C.T.A.D. en los últimos años.

Hacia un nuevo tipo de sociedad

Pero tampoco el tipo de sociedad desarrollada occidental puede presentarse ya como modelo y meta para el mundo subdesarrollado. Junto a progresos indudables, la sociedad occidental es víctima de su propio desarrollo: consumismo, burocratización, despilfarro, contaminación, etc. En suma, una sociedad deshumanizada y deshumanizadora, una sociedad que vive para producir (y produce para vivir).

Los países del bloque oriental, que tan marginados han quedado en este estudio, tampoco ofrecen un modelo más atractivo. Su desarrollo económico, espectacular como el occidental pero diferente por muchos conceptos, también se ha cobrado sus víctimas en términos de negación de derechos humanos, burocratización, sometimiento del hombre de hoy a la producción y al paraíso de mañana²⁰.

Por otro lado, la crisis económica actual tiene también su traducción social en términos de desencanto y contestación. Es precisamente en los países más desarrollados donde apuntan los síntomas más expresivos. En una encuesta llevada a cabo en los países occidentales sobre los valores prioritarios que debe perseguir nuestro mundo aparece ya un llamativo contraste entre las generaciones más viejas (de más de 65 años) y las más jóvenes (entre 20 y 29 años).

Los valores de carácter «económico» o «materialista» (defensa nacional, control del crimen, ley y orden, estabilidad económica, crecimiento económico,

(19) A nivel más teórico véase el libro de H. LEPAGE, *Mañana, el capitalismo*, Alianza 1979.

(20) Cf. las interesantes reflexiones de I. SOTELO, *El socialismo democrático*, Taurus 1980, o E. MENÉNDEZ UREÑA, *Utopías y realidades de la economía soviética*, Revista de Fomento Social 35 (1980) 371-382.

control de precios) los citan como prioritarios porcentajes de la generación más vieja que van desde el 37% en Gran Bretaña al 62% en Alemania, mientras que entre los jóvenes los porcentajes decrecen para situarse entre el 18% de Bélgica y el 33% de Japón.

En cambio los valores de carácter «no-económico» o «post-materialista» (mejor hábitat urbano, conservación de la naturaleza, prioridad de las ideas sobre el dinero, libertad de expresión, sociedad menos impersonal, mayor participación política o laboral) son más estimados por la generación joven que los considera prioritarios en porcentajes que van del 11 al 23% según países, mientras que sólo aparecen entre un 1% en Alemania y un 7% en EE.UU. en la generación de más edad²¹.

¿Estamos asistiendo a una crisis de los valores culturales capaz de provocar una profunda transformación de las estructuras socio-económicas mundiales? Ojalá sea así. El camino será largo; los obstáculos, innumerables; las resistencias, fuertes. Pero quizá sea la única salida hacia adelante para nuestro planeta. Como afirma Guido Brunner, miembro de la Comisión de las Comunidades Europeas,

«... de las muchas conversaciones que he tenido al respecto se desprende muy claramente que la gente se preocupa muy seriamente del futuro de nuestra civilización. Muchos opinan que aquel futuro, que acaba de comenzar, también podría estar a punto de terminar. La fe en el progreso cede de ahora en adelante el paso al miedo en el progreso. Estoy convencido de que protagonizamos no sólo modificaciones materiales profundas, sino también una crisis de desarrollo y de conciencia de gran alcance»²².

Ildfonso Camacho

(21) *Interfutures*, pp. 103-104.

(22) G. BRUNNER, *Reflexiones sobre la política energética en el mundo*, Papeles de Economía Española, n. 1 (1979) 179.